

19. El toque sanador

E. J. Waggoner

Uno de los milagros más asombrosos de Jesús se narra en las siguientes pocas palabras: «Sucedió que estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Entonces, extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante la lepra se fue de él.» (Lucas 5:12-13, RVR1960)

La lepra era una de las enfermedades más repugnantes conocidas por los antiguos, y la más temida. El leproso era un paria, obligado a mantenerse alejado incluso de su propia familia. La enfermedad era una muerte lenta y progresiva, en la que los miembros de la víctima se caían uno tras otro hasta que la muerte ponía fin a su miseria.

Ninguna otra enfermedad ilustra con mayor acierto la *contaminación del pecado*; y este hombre, que estaba lleno de lepra, se parecía mucho a la descripción que el profeta Isaías hace del pueblo: «Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y llaga podrida; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.» Así que, al estudiar el milagro de la purificación del leproso, podemos saber que debemos aprender cómo obedecer la dirección: «Limpiaos.»

En primer lugar, el leproso tenía *confianza* en el poder del Señor para sanarlo. Él dijo: «Puedes limpiarme.» Ese es un punto importante. Muy pocos creen realmente que Jesucristo puede limpiarlos del pecado. Admitirán que Él puede salvar del pecado en general —que puede salvar a otros—, pero no están convencidos de que Él pueda salvarlos a ellos. Que aprendan de la lección del poder del Señor. Escuchen lo que dijo el profeta Jeremías por inspiración del Espíritu Santo: - «¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti;» (Jeremías 32:17, RVR1960)

Aquel que trajo a la existencia los cielos y la tierra por el poder de su palabra, puede hacer todas las cosas. «Nuestro Dios está en los cielos;

Todo lo que quiso ha hecho.» (Salmos 115:3, RVR1960) «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el

conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia,» (2 Pedro 1:3, RVR1960) «por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.» (Hebreos 7:25, RVR1960) A Cristo le ha sido dado «como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.» (Juan 17:2, RVR1960)

Hasta aquí sobre su poder. De eso el leproso estaba seguro; pero no estaba seguro de que el Señor estuviera dispuesto a limpiarlo. Él dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.» No necesitamos tener tanta vacilación. Sabemos que Él puede, y nos ha dado amplia seguridad de su *disposición*. Así leemos que Cristo «el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,» (Gálatas 1:4, RVR1960) Es la voluntad de Dios que seamos santificados. (1 Tesalonicenses 4:3)

Cristo lo abarca todo. Él es «mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.» (1 Corintios 1:24, RVR1960) Todas las cosas en el cielo y en la tierra están en Él. (Colosenses 1:16, 17) Por lo tanto, el apóstol Pablo dice: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8:32, RVR1960) La *disposición* de Dios para limpiarnos del pecado se muestra en el don de su Hijo unigénito para ese propósito.

«Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna. Y esta es la *confianza* que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.» (1 Juan 5:13-15, RV) Así podemos «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.» (Hebreos 4:16, RVR1960), sabiendo que «si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad.»

Pero la característica más impactante de este milagro es el hecho de que Jesús *tocó* al leproso. No había otra persona en toda la tierra que se hubiera acercado a menos de un metro de él. Pero Jesús «extendió su mano y le tocó.» Con ese toque, la odiosa enfermedad se desvaneció.

Vale la pena señalar que en muchísimos casos Jesús tocó a aquellos a quienes sanó. Cuando la suegra de Pedro yacía enferma de fiebre, Jesús «tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía.» (Mateo 8:15, RVR1960) Esa misma tarde, «Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba.» (Lucas 4:40, RVR1960) En su propio país, la gente era tan incrédula que «Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos.» (Marcos 6:5, RVR1960)

En Mateo se nos asegura que esta sanación de los enfermos fue «para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, que dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.» (Mateo 8:17, RV) Sabemos que el poder sanador salía de Él hacia los que sufrían y se agolpaban a su alrededor para tocarlo (Lucas 6:19); y esta Escritura nos asegura que Él recibió en su propia persona sus enfermedades, a cambio de su poder sanador.

Ahora tenemos la bendita seguridad de que, aunque Él ha «pasado a los cielos,» no ha perdido su simpatía por nosotros, sino que todavía «se compadece de nuestras debilidades.» Se acerca a nosotros con compasión, porque «Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.» En toda nuestra iniquidad y degradación, podemos tener el pensamiento inspirador de que Jesús no nos desprecia, y no se avergüenza de entrar en la más íntima compañía con nosotros, para poder ayudarnos.

El profeta, hablando del trato de Dios con el antiguo Israel, dijo: «En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad.» (Isaías 63:9, RVR1960) Así es también ahora. Como un águila lleva a sus polluelos sobre sus alas, así el Señor se pone debajo de su pueblo, llevando todo nuestro pecado y dolor. Él lo toma sobre sí, y en Él se pierde, por el mismo proceso por el cual al final «la muerte es sorbida en victoria.»

Cristo tomó sobre sí la maldición, para que la bendición viniera sobre nosotros. (Gálatas 3:13, 14) Aunque Él no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. (2 Corintios 5:21) Él sufrió la muerte a la que estábamos condenados, para que pudiéramos compartir su vida. Y este intercambio se realiza cuando entramos en contacto con Él, confesando que «Jesucristo ha venido en carne.» Cuánto perdemos al mantener a Jesús lejos como un extraño, o al considerar la fe en Él como una

teoría. Cuando sabemos que Él se identifica con nosotros en nuestra condición caída, tomando sobre sí, y de nosotros, nuestras debilidades, cuán preciosa se vuelve la seguridad: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

La sanación del vestido sin costuras

Está junto a nuestros lechos de dolor;

Lo tocamos en la multitud y el ajetreo de la vida,

Y volvemos a estar completos.

PT, 29 de marzo de 1894